

IGUALDAD Y PROGRESO

Por Tomás Barreiro Rodríguez

Atravesamos una época de las más desgraciadas de la historia de nuestra Patria, metidos de lleno en las últimas etapas de la revolución pseudodemocrática del siglo XVIII: Es el imperio del falso principio de Igualdad con su traducción práctica de socialización. Este principio se ha venido invocando desde la Grecia de Temístocles, más como un desahogo político que como algo aplicable a la realidad social y humana, Libertad e Igualdad son gritos de oprimidos y desterrados, de aventureros y de políticos, meros pretextos, no principios o causas ni fines de la convivencia social. Por eso carecemos de un modelo de igualdad y cada grupo dominante inventa una igualdad en cada Estado. No es la misma la de la democracia popular rusa que la china, la japonesa, la inglesa, italiana, francesa, alemana, sueca, española o americana y de las mil américas: es más, son diferentes la igualdad vasca, catalana, andaluza y la gallega. La tierra, la cultura y la diferente naturaleza humana hacen imposible la existencia de un modelo de igualdad aplicable a todos, por lo que aquélla queda vacía de contenido y convertida en un puro grito. Un grito social y político, equivalente al quiero comer del hambriento; quiero estar en la calle, del preso. De aquí que la igualdad sea una invención de los políticos.

Si el desarrollo del falso principio de libertad facilitó el triunfo del capitalismo, del neocapitalismo, el socialismo, el marxismo, con la destrucción de la continuidad o tradición política y cultural, el desarrollo práctico de la igualdad nos lleva a la socialización. Hay que inventar una sociedad igual para todos y un hombre modelo al que los demás seres, incluidas las mujeres, se parezcan hasta confundirse con él. Todo igual. Y esto, la raza de políticos actuales quiere conseguirlo con la ciencia y mediante la técnica. Fuera la iniciativa privada y sus empresas, todos al ente público, todos empleados y funcionarios; la educación debe igualarse para igualar las facultades dispares de cada

hombre y crear nuevas familias en escuelas oficiales; la instrucción ha de convertirse en la enseñanza de un empleo útil a la sociedad. La técnica planifica todo y a esto han de amoldarse los colectivos humanos, los colectivos agrícolas, los de animales y los demás. Así, el hombre, tanto en su naturaleza individual y ser íntegro, como en su carácter social es aplastado por la socialización tecnificada. Y para que tal fin sea posible hay que prescindir del espíritu, del alma, y reducir al hombre a mero cuerpo, a materia, único modo de que la técnica pueda gobernarlos y de que la humanidad pueda considerarse integrada por hombres iguales. Porque la técnica sólo se aplica a lo material; el alma es inaprehensible por la máquina e incluso por otro hombre: Sólo el amor las aproxima.

Y cosa curiosa, en el hombre lo único que tiende a la igualdad es el alma, el espíritu que, además, es libre, precisamente lo que los políticos pseudodemócratas socializadores de hoy pretenden eliminar o anular. Estos nuevos dioses hacen una revolución contranatura y al revés, a la que denominan cambio, un cambio progresista. Quieren conseguir la igualdad material, por ser la única que puede soportar el hombre sin alma, y ya hemos dicho que las almas escapan al poder del hombre, pues uno mismo sólo puede influir en la propia con el auxilio de Dios y en las de los demás gracias también al amor divino. Y los cambios progresistas nunca han traído progreso, por lo que el grado de progreso a que nos ha conducido la tradición cultural queda hoy amenazado de parálisis y estancamiento por la igualdad socializadora.

Ante la igualdad no hay progreso posible, ni material siquiera, pues conseguida el progreso carece de finalidad. Al ser todos iguales, con lo que tenemos ya estamos en el paraíso. Y el progreso material de lo que nos rodea no produce la igualdad de los hombres. Por lo que igualdad y progreso son incompatibles entre sí.

El espíritu del 9 de Junio

Por Francisco Elias de Tejada

Aquel 9 de junio de 1674 la plaza Labourey de Besançon hervía de gente. Los zuecos de madera de los campesinos cantaban la melodía de la tristeza bronca sobre las piedras de la plaza. Las mujeres encapuchadas con sus mantones negros, asomaban en lágrimas la tristeza que les reventaba de los ojos. Mustos hasta el silencio del terror, los hijos del Franco-Condado hervían sus penas en las doloridas miradas del desazón teñido de amarguras.

Hiende la multitud la escuadra de los asesinos franceses, mientras el silencio se hace pedernal endurecido. Los soldados del tirano llevan escarapelas blancas sobre sus gorros azules, cartucheras blancas sobre sus uniformes lucidos, fusiles negros sobre sus manos inclementes. El son funeral de la música de los verdugos es un puñal de gemidos entre la gente negra y triste.

En medio de los verdugos de la Francia conquistadora va un campesino en mangas de camisa rota, pantalón maltrecho y pies descalzos. Es el único que va con la frente alta, con los ojos en llamaradas de pasión ardiente, nimbado ya con esa orla de luz que encuadra los gran-

des santos y los héroes grandes. Su insolente dignidad humana es el contrapié de la elegancia más que bestial de los sayones que le arrastra.

Es un campesino de Villers-sur-Montród, aldea de pocos hombres, pero muy hombres. Ha luchado hasta el límite de sus fuerzas por su Dios, por su Patria y por su Rey, el Rey de las Españas que es Conde del Franco-Condado de Borgoña. Cuando el alba enrojece el horizonte y la soga que rodea su cuello brilla como cadena de oro en nimbos de inmortalidad.

Llámase Jacques Godey, hispano de lengua francesa como había escrito su paisano Jean Boyvin. Otro entre tantos otros leales hasta la victoria o la muerte en el cadalso. Otro entre los miles que en la tierra hispanísima del Franco-Condado recién conquistado no saben resignarse a la humillación francesa de los vencedores.

Sube por propio pie los peldaños del cadalso. Como uso común de quien a morir va, preguntasele su voluntad postrera. Campesino hasta el borde de la tumba, declara su último deseo: beber un vaso de vino rojo de los bo-

degas del Condado, nacido de unas uvas maduras todavía en los días en que el Condado de Borgoña era español, y por español libérrimo.

Cúmplese su petición postrera. El vaso lleno de rojo vino está seguro en su mano robusta que no tiembla. Va a realizar el viejo rito campesino de brindar con vino, tal como lo vió hacer en su aldea cuando sus abuelos festejaron la derrota del villano traidor Enrique IV de Borbón, tal como sus padres festejaron la huida de los bandoleros llamados soldados de Luis XIII de Francia. No sabe hacer otra cosa que ésta; pero lo que sabe, lo sabe hacer a perfecciones: sabrá morir por Dios, por el Franco-Condado patrio y por su Conde el rey Carlos II de Castilla.

Ya el vaso se eleva, recordato en los albores del día que amanece, sobre las cabezas de los hermanos callados y de los verdugos expectantes. Un rayo de sol se quiebra sobre el vidrio en la irrisación angélica de una promesa de eternidad en el seno del Señor, Del Dios católico que es el Dios de las Españas. Con voz estentórea resonará el brindis. Lo escucharán todos, unos mudos de dolor, otros de rabia: "¡A la santé de Sa Maesté Charles II, mon bon roy, que Dieu conserve!".

Vacilo de un solo trago a la ancestral usanza de los banquetes populares de Villers-sur-Montrond. Y, con el rostro iluminado de quien bien morir sabe, aparta él mismo el escabel para que la saga celebre su misión asesina. El cadáver pendula en el vacío mientras que Jacques Godey entrega a Dios su alma de héroe. Ya el Condado de Borgoña puede ser tierra conquistada por el tirano Luis XIV.

El día 9 de junio de 1974 nadie le ha recordado en las Españas. Estábamos por lo visto muy ocupados en corear cánticos demócratas en la borrachera política de la apertura. Ni un solo periódico, ni una sola revista pudo dar de lado unas líneas en el comentario del espíritu del 12 de febrero o en proclamar el convencimiento de que somos un pueblo lo bastante "maduro" y lo bastante estúpido como para volver a pelearnos por intereses mezquinos igual que nos peleábamos desde 1812 hasta 1936. Las izquierdas hablaban de apertura soñando en la revancha; las derechas aceptaban la apertura soñando en engañar a los revanchistas con arreglo a la fórmula de ir echando carnaza con que ir saciando el hambre de las fieras; los centristas, los tontos del circo político, iban empezando a cosechar su divertida recolección de escupitajos y bofetadas: ¿Qué tenía que ver la España de 1974 con los héroes y con las lealtades heroicas?. Era más divertido traer a cuento el último chismorreo o la más "aggiornata" de las necesidades en boga.

Porque los carlistas somos de otra casta he querido acordarme hoy, en este junio de 1974, de Jacques Godey, el que sabía morir; el campesino sencillo e hispanísimo que se contentó con enseñarnos con el personal ejemplo, no el modo de vivir mejor, sino de mejor morir. Porque los carlistas creemos más en el espíritu del 9 de junio que en el espíritu del 12 de febrero. Y es posible, tal como las cosas ingrata y desafortunadamente van, que muy pronto volvamos a tener la ocasión de demostrarlo; como lo demostramos en julio de 1936. Posible, aunque por cierto lamentable.

Carlos VI, Conde de Montemolín y Rey frustrado de España

Por Vicente Genovés Amorós

Don Carlos Luis de Borbón y Braganza, primogénito de Don Carlos V, había nacido en el Palacio Real de la Villa y Corte, el 31 de enero de 1818. Desde 1845, por abdicación de su padre, hasta enero de 1861, fecha de su fallecimiento en tierras austríacas, ostentó el caudillaje de la Dinastía Carlista. Y pudo ser Rey efectivo de todos los españoles en cuatro ocasiones. A través de negociaciones políticas dos veces, en virtud de operaciones militares, en las otras dos.

Antes de la abdicación de Carlos V, ya se presentó una coyuntura de acceso pacífico al trono: La expedición Real de 1837 sigue constituyendo un enigma para los historiadores; así parecer la Reina Gobernadora, María Cristina, atemorizada por los sucesos de la Granja y sus derivaciones demagógicas se había dirigido a Don Carlos, su hermano político, para que acudiese a Madrid en su auxilio, ofreciéndole que entraría en Palacio de buen grado para hacerse cargo del poder. Según el diplomático Vidal Saura, el primer ministro de Luis Felipe, Mr. Thiers, se había dirigido al Embajador de Austria en París para proponerle un plan de arreglo de los conflictos españoles: El proyecto abarcaba cuatro puntos: 1º Abdicación de Carlos en favor de su primogénito; 2º, matrimonio de éste con Isabel II, pero siendo Rey y no sólo marido de la reina; 3º Promulgación del Estatuto Real ó cualquier otra constitución que librase al régimen del sello del absolutismo; y 4º, Regencia de Cristina. Ya sabemos que Don Carlos estuvo a las puertas de Madrid, esperando unas decisiones

favorables que nunca llegaron a término. Y sabemos también que ésta fué una primera ocasión de que Don Carlos Luis volviera como Rey al Palacio en que había nacido.

Nuevamente, ya asumida la herencia de su padre, se presentó la posibilidad de acceder al trono de un modo pacífico. En 1845 la situación política de España había evolucionado. Triunfante la reacción conservadora contra los excesos progresistas de Espartero, ocupaban el poder los elementos moderados bajo la influencia de Narváez; en torno a la nueva situación giraban muchos "resellados" procedentes de las filas carlistas, y los españoles en general estaban deseosos de paz y orden; y eran muchos los que opinaban que el único modo de restablecer la monarquía de un modo sólido y seguro sería el matrimonio de Isabel con el Conde de Montemolín. Y ese sentir general era encauzado por personalidades ilustres: Balmes veía en ese matrimonio el medio de "establecer un Gobierno que ni desprecie lo pasado, ni desatienda el presente, ni pierda de vista lo porvenir"; otro levantino de clara visión y sentido pragmático, Aparisi y Guijarro, también defendía ese enlace que tan halagüeñas perspectivas ofrecía para la unión de todos los españoles católicos y monárquicos.

Pero también esta oportunidad se frustró. Don Carlos Luis no podía resignarse a un simple papel de "Rey consorte", en una monarquía liberal. Y en Francia reinaba Luis Felipe, que con la colaboración de muchos políticos españoles, desvió hacia sus intereses orlea-